FLORENCIO BELLO SANJUÁN

Archivo de Hortensia Egea

El Pariente de Ricla

10

À mis queridos hermanos Emilio y Quintin

Tratándose de vosotros, huelgan palabras que tiendan á expresar mi afecto.

La palabra hermano *resume toda una historia de cariños recíprocos.*

Ved, pues, en esta dedicatoria el cariño acendrado que os profesa

FLORENCIO.

A la distinguida actriz Sra Con
Lata, que, debiera apellidarse desa
el fuego conque descompone á la Hu
idad su archidespampanante Horte
dedica Todo convulso este libro

El Autor

Galería de Arregui y Aruéj

EL PARIENTE DE RICLA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

FLORENCIO BELLO SANJUÁN

MÚSICA DE

Hipólito Rodríguez

LOGROÑO

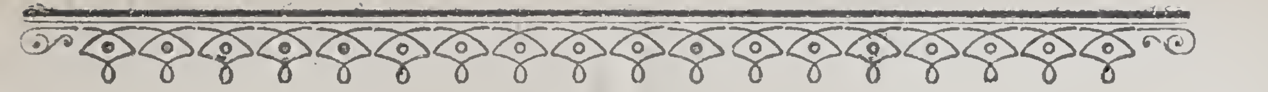
Establecimiento tipográfico de «La Rioja»

1897

REPARTO

Personajes	*Actores*
CASILDA.	....
ROBUSTIANA.	....
MARIANICO.	....
HILARIÓN.	....

La acción en Madrid.



ACTO ÚNICO

Representa la escena una sala regularmente amueblada. Puertas al foro y laterales. A derecha é izquierda de la puerta del foro veladores, y espejos en la pared. Sobre los veladores, floreros ó algún adorno.

ESCENA PRIMERA

CASILDA *sóla*

Música

Corazón santo
tu reinarás,
tu nuestro encanto
siempre serás.
Como á mí me hace feliz
la libertad
ahora que no está mamá
voy á cantar.
Quisiera, madre mía,
saber qué es amor,
no sé si es alegría,
no sé si es dolor.
Dolor yo no lo creo,
pues no puede ser,
que amar es el deseo
de toda mujer.
No sé, Dios mío,
si en la mujer
tener amor
es un placer
ó es un dolor:
Aunque presiento

con gran razón
que para amar
debe gozar
el corazón.
Sea el amor lo que quiera
es la verdad que yo siento
cosas muy raras y dulces
¡por Dios! que me matan
y quitan el sueño.
Hay veces que me parece
que todo ello es aprensión:
¡No puedo mirar á un hombre
sin morirme de emoción!
Corazón santo
tu reinarás,
tu nuestro encanto
siempre serás.
No sé Dios mío
si en la mujer
tener amor
es un placer
ó es un dolor.
Y yo quisiera
pronto encontrar
quien me enseñase
lo que es amar.

(Como recitado) ¡Que contenta y que alegre estoy! Ayer en un convento oyendo el siseo monótono y aburrido del rezo; y hoy en mi casa: puedo entrar, puedo salir, puedo... hasta *echarme* un novio si se proporciona. ¡Los novios! Esta era la pesadilla de todas mis compañeras de colegio. ¡Debe de ser tan dulce escuchar las frases amorosas del hombre que se adora! y... *(Aparecen por el foro leyendo una carta don Hilarión y Robustiana)* ¡Ay, mis padres!.....

Tu nuestro encanto
siempre serás.

(Vase por la primera derecha.)

ESCENA SEGUNDA

(Hablado)

HILARIÓN y ROBUSTIANA

(Entran completamente abstraídos leyendo una carta.)

ROBUS. Repítela otra vez, no he entendido una palabra.
HILA. Fíjate bien. *(Lee)* Estima doyla riontere comiendo mijo.
ROBUS. ¡Ah! ¿Doyla y comiendo mijo? Pues que le ha dado á alguno la carta porque él está comiendo mijo.
HILA. No mujer; cebada, pase; pero mijo .. ¡No tiene nada de canario! Y en fin, él podrá comer lo que quiera; pero yo me quedo en ayunas.
ROBUS. Caí.
HILA. ¿Sí?
ROBUS. *(Cogiendo la carta)* Mira: Estimado Hilarión: Te recomiendo mi hijo.
HILA. Eso es.
ROBUS. *(Leyendo)* Que es el *terano* más grande del pueblo.
HILA. ¿Y qué es eso de *terano*?
ROBUS. Espera. Delante hay un borrón y se percibe el rasgo de una *ele*.
HILA. Pues añadamos una vocal hasta que tenga sentido. Laterano.
ROBUS. Nada.
HILA. Leterano, literano, loterano y luterano. Esto es: que es el luterano más grande del pueblo.
ROBUS. ¡Bonito pariente! Además de un poco bruto es protestante: casi una alhaja.
HILA. *(Leyendo)* Veintitrés irá á saludaros. Tuyo, el tío José.
ROBUS. ¿Veintitrés? Entonces hoy viene.
HILA. Dí mejor que ya ha venido. Pues ya lo sabes:

mientras yo voy á la estación, que es posible que esté aún allí, prepárale una habitación.....

ROBUS. ¿Preparar? Si no tenemos más que los cuartos indispensables.

HILA. ¡Ah! ¿pero tienes cuartos?

ROBUS. Digo las habitaciones. Una para tí y para mí; otra para Casildita; y la de la criada.

HILA. Eso se arregla pronto. (*precipitadamente*) Tu te acuestas con la hija, y yo con la chica..... Digo, al revés. Tu con la criada y yo con la hija..... Tampoco. La criada y la hija juntas, tu y yo juntos, y el pariente en el cuarto de Casilda; porque ésta ha de dormir en el cuarto de la criada.

ROBUS. Eso es, ¡en la carbonera! Lo mejor es que el pariente se acueste debajo de la fregadera.

HILA. ¡Robustiana!

ROBUS. Claro: ¿nó dices que es tan bruto? Pues los brutos se acuestan en cualquiera parte.

HILA. Pero este es un bruto con muchas peluconas. Mi primo tiene mucho dinero y..... Mira tu la manera de pagarle al casero. Instruyamos á Casildita para que le *eche el gancho*.

ROBUS. ¿Al casero?

HILA. A su primo mujer.

ROBUS. Quita Hilarión, no disparates ¡Pretender casar nuestra hija que es un angel, con el protestante más grande de Ricla!

HILA. Sí, todo lo protestante que quieras; pero las peluconas son muy católicas.

ROBUS. Pero.......

HILA. Ea, no hablemos más. Yo voy á la estación y mientras tu instruyes á Casildita. Nada de «Aves Marías Purísimas» ni de «sin pecado concebidas».......

ROBUS. Ni de que le debemos al casero cuatro mensualidades.

HILA. Eso sobre todo. Abur. (*Coge el sombrero si lo ha dejado al entrar y váse por el foro*).

ESCENA TERCERA

ROBUSTIANA *sola*

¡Qué hombre, Jesús! Y la verdad es que nos está haciendo mucha falta el dinero del pariente. Lo malo no es que sea protestante, sino que sea tan bruto. ¡Bah! En cambio es aragonés, y tendrá un buen corazón. De seguro que es un noblote. Voy á predisponer á la niña. *(Yendo hasta la puerta 1.ª derecha y llamando)* ¡Casilda, Casildaa!

ESCENA CUARTA

Dicha y CASILDA (*que procurará aparentar beatitud delante de sus padres*).

CASIL. (*Entrando*) Alabado sea Dios.

ROBUS. Pasa, hija, pasa.

CASIL. El Señor sea con nosotros.

ROBUS. O el de Ricla, hija, si nó el casero se nos echa encima.

CASIL. No entiendo, mamá.

ROBUS. Sí, ya voy á ponerte al corriente en dos trompazos de lo que ocurre.

CASIL. Yo los sufriré con resignación.

ROBUS. ¿El qué?

CASIL. Los dos trompazos.

ROBUS. No mujer: quiero decir que voy á enterarte en un momento de lo que ocurre. (*ap.*) ¡Ya me he contagiado y aun no le he visto! (*á Casilda*) En esta ocasión tienes que servir á tus padres con obediencia cristiana.

CASIL. Para eso estoy en el mundo: para servir á Dios y á ustedes.

ROBUS. En esta ocasión, hija, tienes que apartarte del misticismo, y mostrarte un poco más desenvuelta. Nos han escrito desde Ricla, que hoy mismo viene el hijo de nuestro pariente José, sin duda á cumplir alguna misión que le han encargado los de su secta; y es preciso, hija.....

CASIL. ¿Ha dicho usted los de su secta? ¿Acaso no es cristiano nuestro pariente?

ROBUS. (*ap.*) ¡Se me escapó! Por eso, hija, por eso es preciso que te muestres sumisa. Tienes que llenar un papel que viene de perillas con tus ideas. Se trata de conquistar un hereje.

CASIL. Con la ayuda de Dios y del padre Lorenzo trataré de cumplir misión tan importante.

ROBUS. No, el padre Lorenzo no hace falta para conquistar al hijo del tío José; pero es preciso que cambies de genio, que alces la vista del suelo, que te muestres con él amable, vivaracha y desenvuelta. Hasta si es preciso y las circunstancias lo requieren, le cantas una jota aragonesa que le vuelva loco.

CASIL. ¡Por Dios mamá! Para conquistar un infiel será más propio, si las circunstancias me obligan, cantarle un letanía.

ROBUS. Cántale hasta el Ave María de *Gorrión;* pero ¡conquístalo, hija mía, Casildita de mis entrañas. ¡Ay! Dios solo sabe las ganas que tengo de huir de este casero per sæcula sæculorum!

CASIL. Amén.

ROBUS. ¡Ah! Al principio nada que le haga sospechar que has estado en un convento, y nada de «Aves Marías Purísimas» ni de «sin pecado concebidas» ni de..... (*Suena la campanilla*)

CASIL. Pero mamá.....

ROBUS. Chist, silencio. (*Sale á abrir y entra enseguida con Hilarión y Marianico*).

CASIL. ¡Dios mío!, ¡Que sea guapo mi pariente!

ESCENA QUINTA

Dichas, HILARIÓN Y MARIANICO (*de calzón corto, pañuelo á la cabeza, alpargata abierta, alforjas al hombro y vara en la mano.)*

(Música)

HILA. Aquí está nuestro sobrino
MAR. Aquí estoy, gracias á Dios.
CASIL. ¿Y qué tal?
MAR. Perfeutamente.
HILA. ¿Y en el pueblo?
MAR. Güenos toos
HILA. ¿Y tus padres?
ROBUS. ¿Y tu hermano?
CASIL. ¿Y mis tios?
MAR. Pues ¡rediós!
¿no vus hi dicho endenantes
que en el pueblo güenos tóos?
CASIL. *(ap)* ¡Vaya un genio que me gasta
este primo singular!
MAR. *(ap)* Por lo visto en esta casa
too se güelve preguntar.
HILA. Has venido sofocao.
ROBUS. El calor.
CASIL. El tiempo.
MAR. ¡Quiá!
¡Si es que ha venío con mí
una chica...!
ROBUS. *(ap)* ¡Que animal!
MAR. Se asentó junto á mi lao
una moza como un sol;
veniámos mucho pretos,
y al meneo del wagón.....
á empentón que daba ella

y á empentón que daba yo,
hi venío dende Ricla
en contínuo refrotón.

HILA. Este chico vá á contarnos
alguna barbaridad,
y la niña está escuchando
con atroz curiosidad.

ROBUS. Ya estoy viendo que este chico
es tan bestia y animal
que nos dice sin rodeos
que no se quiere casar.

CASIL. Me interesa este relato
porque es muy original:
Para mí que no le dejan
proseguir hasta el final.

A LA VEZ

MAR. Un calóndrigo entre tanto
la miraba sin cesar
como iciéndola «modorra
te quisiera confesar».
Pero yo que estaba ya
que me ardía el corazón
le aticé cuatro mangazos
en metá de su melón. (*Acción*).

(*Inmediatamente y pretextando temor, don Hilarión se separa rápido á la izquierda y Casilda y Robustiana á la derecha. Mariano sólo en el centro*).

HILA. Cuando el casero
venga á cobrar
con mi sobrino
se arreglará:
porque él le paga
la habitación
con dos mangazos
en el melón.

CASIL. Es muy posible
que primo tal
para marido
me quieran dar.

HILA. Cuando el casero, ecétera.
ROBUS. No es preciso
por el metal
unir la hija
á este animal.
CASIL. Jesús, con que hombre
tan especial
me hizo la suerte
emparentar.
MAR. Está esta gente
atolondráa.
¿A que me marcho
á la posáa?

(A LA VEZ)

Cuarteto hasta el final.

CASIL. Es muy posible, ecétera.
Jesús con que hombre, ecétera
ROBUS. Nos es preciso, ecetra
De cepillarlo
me encargo yo
como lo hice
con Hilarión.
MAR. Está esta gente
atolondráa
y yo no puedo
entender náa.
Como así sigan...
sin rechistar
me voy á escape
á la posáa.
HILA. Tengo un sobrino
que es de mistó,
y éste al casero
se lo echo yo,
porque le paga
la habitación
con dos mangazos
en el melón.
CASIL. No sé, no sé á la cuestión
que aquí se trata de arreglar

no sé por fin qué solución
mis padres hoy le van á dar.

ROBUS. No encuentro yo más solución
para adquirir el vil metal
que adelantar pronto la unión
con este cacho de animal.

MAR. Pero esta gente tan atroz
¿de qué, rediós, se ocupará?
Me paice á mí que yo me voy
á descansar á la posáa.

HILA. Este ha caído como Dios
para salvar la situación,
porque al casero le dará
cuatro mangás en el melón.

(Hablado)

MAR. *(á Casilda)* Conque diga usté, tu, ¿ya tiés preparáa la manducatoria? ¿Tú serás la criada, verdá mañica? *(Deja las alforjas sobre el velador y tira al suelo todos los floreros y adornos).*

CASIL. ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

MAR. Ya se han rompido todas esas monaícas que había en ahí encima.

HILA. No hagas caso; eso no vale nada.

MAR. Ya me lo paicia á mí: porque mi madre tóo lo que tiene que vale algo, lo tié guardao en una cuba de la bodega hincada en el suelo hasta más de en medio la metá, cogidica con yeso pa que no carguen con ella.

ROBUS. Conque una cuba ¿eh? Tendrá alguna puerta en el témpano por si se le ocurre sacar alguna cosa.

MAR. ¡Uy, si la hubiá tuvido! Mi madre no saca náa, no hace mas que meter.

HILA. Entonces ¿estará casi llena?

MAR. Y de güen líquido.

ROBUS. ¡Ah! vamos sí. *(Con desprecio)* Tendrá canilla. ¡Para sacar el vino...!

MAR. No está malo el vino. Un día bajé yo á la bodega con un mazo sin más intinción por supuesto

que la de arrearle por ver, y á cada mazazo que le pegaba, hacia la pipa... tilinlinlín... tilinlinlín...

HILA. *(ap. á Robus)* ¡Las peluconas Robustiana!

ROBUS. *(ap.)* ¡Una cuba llena de onzas de oro!

HILA. Pero hombre ¿no te sientas? Vendrás cansado del viaje. *(Buscan todos sillas).*

MAR. Quiá hombre; si he venío sentao too el camino. Sólo en una estación me bajé á desestirarme un poco; pero al menuto chifló allí un tío á la máquina, la máquina le contestó con otro chiflido, y gracias á que tengo güenas piernas que si nó me quedo de infantería.

HILA. Caramba, hombre.

MAR. Le digo á usté que no se pué tratar con animales que no hablan. Yo ya chiflé tamién; pero si nó me agarro á un vagón allí me quedo. Y es que á esas maquinas les ocurre lo que á las burras, que no atienden más que al chiflido del amo.

HILA. Bien, bien: Conque decías que tu madre todo lo guarda en una cuba. ¿Y de qué cabida es esa cuba?

MAR. De unos setenta cantáros.

HILA. *(ap.)* ¡María Santísima! ¡Setenta cántaros de onzas! ¡Vaya una balsa para echarse á nadar con bolsillos de doble fondo.

MAR. Sí señor, sí; pero qué fetel está la criadica. *(Pegándole suavemente con la vara)* Paice por el modo de mirar que tiene, que no comen ustés mas que lentejas y que es ella quien las limpia.

HILA. ¡Por el gran Oriente, sobrino! Casildita no es la criada, es nuestra hija.

MAR. ¡Ah! ¿Es mi prima? Usté disimule señoritica. Como ícían en el pueblo que aquí vestían las criadas mu elegantes te había confundio á tú con la frega platos.

ROBUS. *(ap. á Casilda)* Anda mujer, contéstale, dile algo.

CASIL. Bien sabe Dios, ese Dios que nos está oyendo, que desde el fondo de mi alma le dispenso.

HILA. *(ap.)* Al primer tapón zurrapa.

MAR. ¡Rediós y qué modo de explicarse tié la prima! Pa monja descalzáa no hubiá tuvido precio.

ROBUS. *(ap.)* La conoció.

HILA. Pero que desahogaos sois todos los aragoneses.

MAR. Pos miusté: eso consiste en que no nos apretamos la garganta con el cuello de la camisa.

HILA. *(Riéndose)* Já, já, já. Eres el mismísimo diablo.

MAR. Y antes que me se olvide: me han encargao en el pueblo un recao y quisiá salir ahora mesmo á hacerlo.

HILA. Como quieras.

MAR. Pero es la custión que yo no hi estao aquí dengún viaje y si no me acompaña alguno pudiá perderme.

ROBUS. Tienes razón.

MAR. Si les paice á ustés que me acompañe la Casildica.

HILA. Perfectamente, *(á Robus)* Y vete tu también con ellos porque la Casilda no debe de conocer bien á Madrid y se pueden perder juntos.

ROBUS. *(á Hila.)* Conforme. *(á Casil.)* Anda niña, coge el sombrero y acompaña á tu primo.

CASIL. Mamá ¡por Dios! ¿Qué vá á decirse de mí acompañando á un baturro de esa facha?

ROBUS. Obedece, te lo mandan tus padres.

CASIL. Está bién. *(Sale por la primera derecha y entra enseguida con un sombrero de flores y lazos en la mano. En el ínterin Marianico coge las alforjas y se sacude las alpargatas con el pañuelo ó zoronguillo de la cabeza).*

HILA. *(ap. á Robus.)* Oye, si el recado es para los protestantes, no está ni medio regular que le acompañéis vosotras.

ROBUS. Es verdad. Acompáñale tú.

HILA. Escucha sobrino. Casilda no va á poder acompañarte porque tiene que arreglar tu habitación .... si te parece te acompañaré yo.

MAR. Güeno, sí, es lo mesmo.

ROBUS. *(á Casilda)* Deja el sombrero entonces. (*Casilda deja el sombrero sobre una silla.*

MAR. Y si les paice á ustés comeremos primero y saldremos dimpués.

HILA. Muy bien dicho; lo primero es comer.

MAR. *(Poniendo las alforjas sobre el sombrero de Casilda y sentándose encima.)* Güeno, güeno.

CASIL. ¡Adiós... mi sombrero!

MAR. ¿Qué? ¿Ahora salimos con que te vas?

CASIL. Nó...

MAR. Como icías ¡adiós!, y pedías el sombrero...

CASIL. Quería decir que se ha sentado usted encima de mi sombrero.

MAR. *(Retirando las alforjas)* Toma, pos tiés razón, Disimula, no había arreparao.

HILA. No vale la pena, no vale la pena.

MAR. ¿Tampoco esto vale náa?

ROBUS. *(un poco amoscada)* Nó, eso ya vale algo. Ayer mismo dí por él veinte pesetas.

MAR. Pos no se paice usté á mi madre: porque ella valiendo tantos dineros ya lo había metío en la cuba.

ROBUS. *(ap.)* ¡Qué bruto!

HILA. ¡Bien hombre, bien; pero cuánto has crecido, caramba! No sé que coméis los aragoneses que os desarrolláis de un modo extraordinario.

MAR. ¡Cá! no es lo que comemos lo que nos hace estar así.

HILA. Vamos sí, el buen vino.

MAR. Tampoco.

HILA. ¿Los aires entonces?

MAR. ¡Je, je! El agua del Jalón que alimenta lo mesmo que el pernil de un güen tocino. Y ahora que miento los tocinos..... Estamos cebando una media docena que..... ¡quiá! qué va usté á compararse con ellos. Usté alao de ellos..... vamos que se queda muy chiquitico.

ROBUS. ¡Qué animal!

MAR. ¿El más grande? Del más grande se puén hacer cuasi dos como usté; ¡oh! es una barbaridá.

Hay una tocinica *(á la Casilda)* que, ya quisiás tú estar como ella. ¡Se pasa el día atracándose de cabezuela, arrascándose la tripa y revulcándose en el montón de basura que hay en el corral! Ya ves tu, Casilda, si es pa envidiar la vida que se lleva.

ROBUS. Esto es demasiado, Hilarión (*impaciente*). Nos rompe todo y además nos insulta.

HILA. Para mí es que ha debido de comprender que somos retrógrados.

ROBUS. Habrá comprendido todo lo que quieras, pero ten en cuenta que si prosigue así, lo despacho de casa como á una béstia, con la escoba.

MAR. Conque ¿comemos ú qué?

ROBUS. (*ap á H.*) Este nos come un costado

HILA. (*ap á Robus*) Nó. podrá comerse un buey; pero un *costado* lo dudo: ¡lo debemos todo!

MAR. ¿Que si comemos ú qué?

HILA. ¿Que si comemos? (*ap.*) Algunos días (*á Mar.*) Ahora mismo.

ROBUS. Vamos Hilarión y yo á poner la mesa y tú te esperas aquí un poquito hablando con tu prima ¿te parece?

MAR. Güeno, No me paice mal.

ROBUS. Pues vamos, Hilarión. Hasta enseguida sobrino. (*ap. á Casil.*) Aprovecha la ocasión y conquístale, Vamos. vamos, Hilarión. Hasta ahora, sobrino (*ap. á Casil*). ¡Que no se escape!. Adiós, adiós.

(*Vánse por el foro Hila. y Robus.*)

ESCENA SEXTA

CASILDA Y MARIANICO

MAR. ¿Está lejos el comedor?

CASIL. Nó...

MAR. Pos yo creía que estaba más que diquiá mi pueblo.

CASIL. ¿Por qué?

MAR. Porque pa venir de mi pueblo aquí no me he despedido yo tanto de mi familia como tu madre de mí par dirse al comedor.

CASIL. Es cuestión de carácter.

MAR. De caráuter ¿éh?

CASIL. Que es ella así.

MAR. ¡Ah! ¡ya!

CASIL. (*ap.*) ¡Señor, dáme fuerzas para abordar la cuestión! (*á Mar. con mucha timidez*) Mariano.

MAR. ¿Qué hay?

CASIL. ¡Ay Dios mío! (*se queda silenciosa mirando al suelo*).

MAR. (*Después de una pausa*) Pero ¿qué tendrán mis alpargatas que no hace más que mirarlas (*á Casilda*) ¡Eh!

CASIL. ¡Ah!

MAR. ¡Oh! ¿Se pué saber qué ibas á preguntárme?

CASIL. ¿Me permite V. que le tutée?

MAR. ¿Tutée? Mojar la oreja quedrás dicir.

CASIL. Nó.....

MAR. ¡Ah; vamos, te gusta juar á la baraja!

CASIL. Nó, ¿que si me permite V. que le trate de tú?

MAR. ¡Otra que Dios! Tamién pa icirle á uno de tu nesecitas pedir premiso? Ya veo que tú eres otra custión de carauter como tu madre.

CASIL. Como quieras, Mariano; pero escucha. Sé lo que eres.

MAR. Del campo.

CASIL. Me refiero al modo de pensar tuyo, á las ideas que sustentas. Díme ¿qué provecho sacas con ser partidario de esa secta? ¿Eres por tu gusto, ó por que te obligan?

MAR. ¿Lo de la seta?

CASIL. Sí.

MAR. Porque me gusta (*ap.*) ¿Si nó les gustarán las setas á esta gente?

CASIL. ¡Porque te gusta!... Pues creeme Mariano es

preciso que dejes esa manía y antepongas á ese gusto la reflexión que hará de tí lo que debes ser: un hombre ortodoxo.

MAR. ¿Oortodoxo? ¿Y eso, con qué se come eso?

CASIL. ¿Es ó nó verdad lo que he dicho?

MAR. Tú lo sabrás.

CASIL. Sí, porque lo sé muy bien te lo digo.

MAR. Güeno... ¿y qué?

CASIL. ¿Que si te has convencido de que es un error muy grande el tuyo?

MAR. ¿Yo qué tengo convencerme? Cada uno hace lo que le dá la gana, y si á tú no te gusta la seta, no es razón pa que no me guste á mí.

CASIL. Pero comprende que hay un Dios que ha de juzgarnos y ese Dios podrá castigarte.

MAR. Pero ¡y que tié que ver Dios con todo eso? Tu te has güelto del testuz, mañica, y lo mejor que pués hacer es dirte á dormir á ver si te despavilas.

CASIL. Sí, me voy, porque te encuentro muy obcecado y no es posible discutir contigo. (*Váse hasta la puerta primera derecha.*) Adiós..... luterano. (*Cierra la puerta.*)

MAR. ¿Eh?... ¡Rediós luterano! ¡Y me ha llamao luterano! Ella saldrá y tendrá que repitirlo. Pero ¿y qué quedrá icir...? Porque eso no es una flor. ¿Quiés juate á que quié icir algo así como franchute?

ESCENA SÉPTIMA

ROBUSTIANA Y MARIANICO

ROBUS. (*Entrando por el foro.*) Vamos, sobrino, pasa y comeremos. ¿Qué tienes que estás tan pensativo? (*ap.*) ¡Si le habrá tocao en el corazón!

MAR. ¿Que qué tengo?
ROBUS. Claro, te veo tan meditabundo y.... .
MAR. ¿Tamién usté me pone motes?
ROBUS. ¿Yo?
MAR. Cuasi náa: ¡me ha llamao usté meditabundo!
ROBUS. Hombre, eso quiere decir pensativo.
MAR. Güeno, güeno, vamos á comer.
ROBUS. *(ap.)* ¡Qué lástima que sea tan bruto!
MAR. *(id.)* ¡Rediós, luterano!
ROBUS. *(id.)* Se enamoró, no hay duda.

(Vánse por el foro.)

ESCENA OCTAVA

CASILDA *(que entra por la primera derecha de puntillas. Suelta una carcajada.)*

(Música)

Dicen mis padres
que el buen Mariano
es luterano
por convicción,
y al reprenderle
se figuraba
que yo le hablaba
del *champignón.*
Pobre primo
nunca he visto
hombre alguno
como él:
si vistiera
como visten
las personas
de la *créme*,
aunque rudo
me parece

que lo había
de querer.
Yo siento que á mi alma
tranquila y dormida
la llama á la vida
la voz
del canto armonioso,
febril, de sirena
que el alma me llena
de amor.
Y el ser hoy ya libre
mis sueños halaga
y mi alma se embriaga
de ardor
que presta á mi sangre
el fuego sagrado
por todos llamado
pasión.
Dicen mis padres
que el buen Mariano
es luterano
por convicción:
pero yo creo
que es un bobete
que le he robado
el corazón.
Pobre primo
nunca he visto
hombre alguno
como él.
Aunque rudo
me parece
que nos hemos
de querer,
pues me encargo
de que vista
cual las gentes
de la *crème*.
Baturro, baturro querido
me inspira tu genio

muy grata afección.
Si el alma dice
que quiere amar
no suele en medios
nunca mirar.
Y al alma mía
la siento yo
pedir cariño
y mucho amor.

ESCENA NOVENA

(Hablado)

CASILDA, ROBUSTIANA é HILARIÓN

ROBUS. *(entrando por el foro)* Pero hija ¿que haces ahí hablando sola?)

CASIL. Máter christi, máter amábilis.

HILA. ¿Qué es esto, señor?

CASIL. Ya lo ven ustedes: la costumbre de rezar la letanía antes de comer.

ROBUS. Vamos, déjate ahora de letanías y vé á acompañar á tu primo que está solo.....
¡Eh! Aguarda, ven aquí. ¿Qué tal vamos de conquistas?

CASIL. Es muy terco.

HILA. Eso es propiedad de todos los baturros. Tu procura arrancarle un sí, que como empeñe su palabra es tuyo.

ROBUS. Y la empeñará, estoy segura.

HILA. Y si nó la empeñamos nosotros.

ROBUS. Anda, no le dejes de la mano. ¡Mucho cariño, mucha zalamería! Pregúntale á tu padre como me las arreglé yo para conquistarle.

CASIL. *(con hipocresia)* No entiendo, mamá.

ROBUS. ¿Ahora salimos con esas? Tendré yo que reemplazarte.

HILA. Eh, eh, poquito á poco.

ROBUS. Pues es claro, hombre.

HILA. No, eso sería turbio.

CASIL. Pero mamá, comprenda usted que es testarudo como lo que es, y dice que es protestante porque le dá la gana.

ROBUS. Y tiene razón. ¿Qué se te importa á tí que sea lo que quiera? Cógele en tus redes primero, que luego ya me encargo yo de hacerle variar de opinión. Anda; mucho cariño y zalamería. *(La empuja por la puerta del foro)*

ESCENA DÉCIMA

Dichos, menos CASILDA

ROBUS. ¡Ay, Hilarión, si yo le hubiera conocido en mis mocedades.

HILA. *(ap.)* ¡No sabes tú bien el favor que me hubieras hecho! Escucha Robustiana. Me parece que nos excedemos en nuestras atribuciones de padres. Pretendemos imponer á la pobre niña un marido que no se aviene con la educación delicada que ella ha recibido; y esto hasta cierto punto es un abuso paternal.

ROBUS. No lo creas, Hilarión, y no te ofendas. Si yo hubiera hecho caso á mi pobre madre, que en gloria esté, otro gallo me cantara. ¡Ay qué proporción arrojé al arroyo por seguir los impulsos de mi corazón!

HILA. ¡Robustiana!

ROBUS Hoy sería yo la esposa de un honrado tendero de comestibles y no me faltarían ni el jamón en la mesa, ni mil pesetas en la cómoda! Pero amigo, hice demasiado caso de tus discursos de abogado *chirle* y aquí no hay más pleitos que los que surjen en casa ¡Pobre tendero! ¡cuánto me quería! *(finje que llora.)*

HILA. Pero mujer ¿quién se acuerda de lo que ocurrió hace veinte años?

ROBUS. Calla, calla, hombre cruel, que se me enciende la sangre cada vez que recuerdo el engaño de que fuí objeto por tu parte.

HILA. Oye, oye, vengamos á cuentas. No sé yo quien fué el engañado. Acuérdate de que no trajiste á casa mas que la ropa puesta y me gasté un dineral en arreglarte el *confort.*

ROBUS. ¡Embustero!

HILA. ¡Eh!

ROBUS. Así has sido de agradecido toda tu vida. ¡Haz bien á hombres de esta clase y sacrifícate por ellos, y desprecia á un honrado tendero de comestibles, honradísimo, sí señor. para que así te paguen el cariño que les has tenido! Dí aún, cruel, dí aún que no hiciste conmigo un engaño manifiesto.

HILA. Pero hija, si aquí no ha habido más engañado que yo. ¿No me dijo tu madre que teníais qué se yo cuantas fanegas de grano por coger en Arévalo y luego ha resultado que no he visto más grano que tú? ¿Dónde estaban aquellas fanegas de trigo?

ROBUS. Por que se perdió la cosecha.

HILA. ¡La cosecha! La cosecha de hijas que tenía tu madre es la que se perdió para ella, y salió ganando.

ROBUS. (*Gritando*) A mi madre no la insultas tú.

HILA. Mira has el favor de callarte, porque vas á dar lugar á que Mariano se entere de todo y entonces vamos á perder esta otra cosecha de peluconas.

ROBUS. De eso te vales.

(Oyense dentro carcajadas.)

HILA. Chist, calla. Son ellos, y vienen hacia aquí .... Escondámonos.

(Vánse primera izquierda)

ESCENA ONCE

CASILDA Y MARIANICO

(Música)

Mar. Himos estao ahí adrento
charrando á más no poder,
yo sin beber por mirarte.
tu empentándome al beber.

Casil. Por Dios, Mariano,
calla si puedes
que las paredes
oyen también.

Mar. Mañica mía,
basta de quejas
que no hay orejas
en la pared.
Mañica de mi alma
que bien estoy con tú.

Casil. Te ruego que te calles
y no hagas más el bú.

Mar. Son tus ojos pa envidiarlos
y me paicen al mirarlos
dos cajicas de betún,
y tus labios y mejillas
me parecen doraznillas
de Gallur.

Casil. Suelta, suelta, primo mío
que en tus brazos siento frío
pues me temo, sabes tú,
que me comas á hurtadillas
las sabrosas doraznillas
de Gallur.

Mar. Vale mi primica
más que el mismo sol.

Casil. *(ap.)* Ya me vá enseñando
lo que es el amor.

Duo.

Casil. Primo mío
siento frío
en tus brazos
sabes tú.
Demasiado
te han gustado
esas frutas
de Gallur.

Mar. Son tus ojos pa envidiarlos, etcétera
No te apartes prima mía
que en tus brazos mi alegría
es muy grande, sabes tú,
y me dá muchas cosquillas
el mirar las doraznillas
de Gallur.
Vale mi primica
más que el mismo sol.

Casil. Ya voy aprendiendo
lo que es el amor.
Pero qué bromistas
sois en Aragón.

Mar. Pues á tú te trato
con güena intención.

Casil. Himos estao hace rato
charrando á más no poder
tu empentando... y empentando
yo sin dejarme... querer.

(Bailan y á los pocos compases él se queda absorto viendo bailar á ella, arrancándose con la siguiente jota.)

Mar. Quién te pescara, mañica,
con tu vestidico azul
á la sombra de una higuera
pa comer higos con tú.

Casil. Un baturro como tú
me está haciendo falta á mí.

Mar. Si me quieres pa algo güeno
yo estoy iciendo que sí.

(Hablado)

CASIL. ¡Rediós, como te has puesto mañica!

MAR. ¡Ja, ja, ja! ¡qué ideas tienes! Claro, iba á beber; pero tú empenta que empenta me has batido todo el vino en la camisa.

CASIL. (*Riéndose y tomándose con Marianico alguna confianza*) ¿Yo? Si eras tú que por mirarme no sabías donde llevabas el vaso.

MAR. Y la verdá... que estás mu guapaza.

CASIL. ¿De verdad?

MAR. Yo no miento nunca. Te paices á las chilenas del mar.

CASIL. Sirenas, querrás decir.

MAR. Sí, á esas.

CASIL. Bueno; pero eso es porque no me ves ya bien.

MAR. ¿Que no te veo? ¿Quiés juarte á que te doy dos abrazos y no me enquivoco?

CASIL. ¿De veritas?

MAR. Déjate y verás. *(Acción)*.

CASIL. (*evadiéndose del abrazo*) ¡Ja, ja, ja!

MAR. Te has escurrío.

CASIL. *(ap.)* La de todos los hombres: unos serán más brutos que otros pero las intenciones, todos las tienen iguales. Escucha Marianico. Has dicho que estoy muy guapa.

MAR. Sí.

CASIL. De donde se deduce que te gusto.

MAR. Claro.

CASIL. Luego, entonces.....

MAR. Sí, comprendido. *(ap.)* La de todas las mujeres: unas serán más sosas que otras; pero las ganas de casarse toas las tienen lo mesmo.

CASIL. Oye, tú también me gustas á mí; pero tienes un defecto muy grande.

MAR. ¿Cuálo?

CASIL. Que eres luterano.

MAR. ¡Rediós! ¿Entavía sales con lo mesmo? Tu te has empeñao en burlarte de mí. ¡Pues de mí no se burla nadie! *(Enfadado)*.

CASIL. ¡Cállate por Dios!

ESCENA DOCE

Dichos. ROBUSTIANA *é* HILARIÓN
(por la primera izquierda.)

HILA. ¿Qué será esto señor?
ROBUS. *(á Hila).* Ya me lo figuro. Que esa tonta le habrá dado calabazas á Mariano.
HILA. Vamos, calma, calma.
MAR. Me ha ofendío.
HILA. Calma, todo se arreglará.
ROBUS. *(á Casil.)* ¿Qué le has dicho tú á tu primo?
CASIL. Yo... nada.
ROBUS Mariano: todo cuanto te haya dicho tu prima queda nulo desde ahora.
MAR. Eso ya lo sabía yo.
ROBUS. Claro: si ésta es una embustera.
MAR. Eso es, sí señora. Me ha estao iciendo que me quería, que le gustaba mucho.....
HILA. *(ap. á Robus, dándola un puñetazo)* ¡Majadera!
MAR. Y dimpués me ha güelto á llamar luterano. ¡Rediós, luterano!
HILA. Pero hombre ten calma. ¿Qué tiene que ver eso?
MAR. ¿Usté tamién? ¿todos? Uno luterano y usté *(á Robus)* «melitarucho». Pues güeno: ahí se quedan ustés, que yo me ausento.
HILA. Pero, oye sobrino.
MAR. Que no quiero oir yo más motes. Adiós. *(Llega á la puerta del foro)*. ¡Rediós, luterano! (*Váse y deja olvidadas las alforjas).*

ESCENA TRECE

Dichos, menos MARIANO

HILA. ¿Te desengañas de lo que siempre te estoy diciendo? Los naturalistas no lo han descubierto aún; pero es lo cierto que todas las mujeres tienen

un nervio especial que pone en comunicación la lengua con el pié derecho. Desde que empiezan á hablar, se pone en movimiento, (*acción*) y lo mismo es terminar una cláusula ó una conversación, el pié que deja de estar tirante, cae por su propio peso. Al acto de caer el pié se le conoce vulgarmente con la denominación de «meter la pata»: y tu *(á Robus.)* tienes ese nervio en tan buenas condiciones, que en cuanto mueves la lengua ya está tu pata haciendo una de las suyas.

ROBUS. A mí no me vengas con dianas. La culpa la tiene esta asustada. ¡A buena hora se me hubiera escapado á mí!

HILA. Y que te has molestado mucho para detenerle. ¡Adiós peluconas! ¡Adios sueños! y.....

ROBUS. ¡Qué necesidad tenía yo de ésto si me hubiera casado con el tendero!

HILA. No nombres ahora al tendero porque.....

CASIL. ¡Ay!

HILA. ¿Qué es eso?

CASIL. *(Señalando las alforjas que estarán en un rincón)* Que se ha dejado Mariano las alforjas, y cuando venga por ellas.....

ROBUS. Tienes razón.

HILA. Mira la mosquita muerta. ¿Te vá gustando el juego, eh?

CASIL. Yo.....

ROBUS. Dejadme la misión de traerle al buen camino.

HILA. Vete por las tijeras, Casilda.

ROBUS. ¿Para qué?

HILA. Para cortarte ese nervio de que he hablado antes.

ROBUS. Oh, ahora, si vuelve, ten la convicción de que es nuestro. Ya verás tú lo que es trabajar un novio. (*suena la campanilla)* Llaman. Sal á abrir Casilda. (*sale Casilda á abrir*) ¡El debe de ser!

HILA. Tacto, mucho tacto.

ESCENA ÚLTIMA

CASILDA, ROBUSTIANA, MARIANICO, HILARIÓN

MAR. (*Entrando precipitadamente por el foro*) ¡Mis alforjas!

ROBUS. Cerquemos la plaza (*cierra la puerta del foro*)

HILA. ¡Querido sobrino! ¡Vaya un geniazo y un comportamiento!

MAR. (*Sacando una piedra grande de las alforjas*). ¡No se han comío náa!

HILA. Bien hombre, bien. ¿Y para qué llevas esa piedra?

MAR. (*Echándose las alforjas al hombro*) Pa contrapeso. (*intenta marcharse*).

HILA. (*Deteniéndole*) Pero hombre, ven aquí. ¿Porque te has ofendido?

MAR. Ya lo hi dicho enantes.

HILA. No te vayas hombre: ven aquí y atiende. Porqué te has incomodado?

MAR. Por llamarme luterano.

HILA. Pero ¿tú no eres protestante?

MAR. ¿Ya güelve usté á las mesmas?

HILA. No ¡por Dios! Si no es que vuelva. Es que tu padre en la carta que nos anunciaba tu llegada, nos decía que eras luterano.

MAR. (*Dejándose caer las alforjas á los piés de Hilarión*). ¿Mi padre?

HILA. ¡María santísima que golpe! Tu padre sí, tu padre. Aquí está la carta. (*La saca del bolsillo y se la dá*). Toma, lee.

MAR. (*Leyendo*). Estimado Hilarión: Te recomiendo mi hijo.....

ROBUS. (*Interrumpiéndole*). Que es el luterano más grande del pueblo.

MAR. No señora: aquí no pone eso. Aquí pone con una *b* bien grande, sino que está emborronáa que «es el *beterano* más grande del pueblo».....

ROBUS. ¿Veterano?

MAR. Sí señora, ahí lo tié usté.

HILA. No, si como claro está. Lo que es que no está escrito con ortografía.

MAR. Toma, ya lo creo: como que está escrito con la pluma.

HILA. Querido sobrino, ¡ya nos estrañaba!

ROBUS. Vaya, vaya. Pues ese era el único reparo que ponía Casildita para quererte ¿Verdad Casilda? ¡Oh! No puedes figurarte lo que te quería tu prima .... hasta antes de verte. ¡Si tu supieras lo que ha llorado la pobrecilla cuando te has marchado! *(abrazando á Casilda)* ¡Pobre hija mía! ¡Es un ángel!

MAR. ¿De veras has llorao cuando me ido?

HILA. ¡La mar!

MAR. ¿Entonces era verdá lo que me dicías cuando me dicías que me querías?

ROBUS. (*abrazando á Mar.*) ¡Ya lo creo!

MAR. Si no le pregunto á usté; le pregunto á la Casildica.

HILA. *(ap)*, ¡Plancha!

ROBUS. (*á Casil)*. Anda, contéstale.

CASIL. (*con timidez*) Sí...

ROBUS. Y á tí Mariano ¿te gusta tu primita?

MAR. A mí me ha gustao siempre lo güeno.

ROBUS. Entonces tiene que gustarte tu prima porque es buena moral y materialmente. ¡Mira, mira que cara de ángel! (*ap*). ¡Asustada! Vamos, hombre, dí que sí. Aquí estás entre la familia.

MAR. Pos miusté, la verdá. Me gusta más la Casildica que la hija del tío Rompe carros.

HILA. ¿Y qué Rompe-carros es ése?

MAR. El no es náa como si dijésemos; pero ella la hija de él es con la que me quié casar mi madre pa este San Juan.

HILA. (*ap*) ¡Adiós mi dinero!

ROBUS. (*id*). ¡Volaron las peluconas!

(*Casilda finje que llora)*

MAR. (*Viendo llorar á Casilda*) Toma, ahora es cuando comprendo tóo lo que me quieres. Pierde

cuidao, que mi madre es cierto que me quié casar con la otra, pero por mucho que quiera no hay querer tanto como yo te quió á tú, pedazo de gloria.

HILA. (*ap*). ¡Respiremos!

ROBUS. (*id*). ¡Esto ya es otra cosa!

MAR. ¡La otra! Tié siempre las medias más sucias que la cara de un carbonero.

ROBUS. (*exaltada*). Y en cambio mi hija las tiene como recién compradas en la tienda ¡Enséñaselas, enséñaselas!

CASIL. ¡Mamá!

HILA. ¡Robustiana!

ROBUS. Vaya, aparte esos resabios y escrúpulos de monja y dile á tu primo que le quieres.

CASIL. No me atrevo.....

ROBUS. ¿Lo vés? no se atreve, pero.....

CASIL. En fin ¿por qué no he de atreverme? Sí, Mariano de mi vida: te quiero con toda mi alma porque un baturro así de franco y así de noble no sólo es mi ilusión, que es mi locura.

MAR. ¡Bendito sea tu pico, modorra mía!

ROBUS. (*ap. á Hilarión*) ¿Sabes que no es tan bruto como yo pensaba?

HILA. La rudeza del baturro la confunden los que no han tratado con intimidad á ninguno. Ser aragonés equivale á ser todo corazón.

(*Música*)

(*La orquesta ataca decididamente el canto de la jota*)

CASIL. (*Al público*)

La Virgen del Pilar dice
que aplaudáis la piececica
como regalo de boda
para «el pariente de Ricla »

(*Marianico baila unos compases con Casilda é Hilarión con Robustiana.*

Telón lento.